

reconoció solemnemente la supremacía del Papa; éste podía ya poco para con- mover al Occidente, y el frenético pueblo de Constantinopla y los teólogos que discutían sobre la naturaleza de la luz del Tabor, donde Jesús se había trans- figurado, impidieron la unificación proyectada. Los turcos, que bajo Amura- tes II y Mohamed ó Mahometo II se habían encontrado con admirables sol- dados como Hunyadi entre los húngaros é Iskander-beg entre los albaneses, no encontraron en Constantinopla sino un príncipe valentísimo, Constantino Dragasés, el último de los emperadores bizantinos, que perdió la vida cuando Mahometo, gracias á su poderosa artillería, hizo sucumbir á Constantinopla en 1453.—Una nueva era de la historia europea comenzó entonces. Esta fe- cha marca en la historia clásica el fin de la Edad Media; pero la Edad Media concluyó, en realidad, por una transformación lenta que abraza buena parte de los siglos XIV y XV.

BIBLIOGRAFIA.—Fácilmente podría hacerse crecer esta bibliografía: nada añadiremos, sin embargo, á la anterior nota (pág. 267). Excelente medida sería poder poner á disposición de alumnos y profesores en las bibliotecas es- colares, además de las citadas enciclopedias, las obras especiales de *Violet*, «His- toires des Institutions politiques de la France,» cuya publicación está concluída ya; la «Historia del derecho español» de *Altamira*, en publicación; la «His- toria general» de *Lavisse* y *Rimbaud* (directores); la de Francia, dirigida por *Lavisse*, en publicación, y una buena revista histórica como la *Revue his- torique* dirigida por *Monod*, que contiene, á más de muy interesantes estudios especiales, excelentes datos sobre el movimiento de los estudios históricos en Francia, Alemania, Inglaterra, España, Italia, Austria-Hungría y los Esta- dos Unidos.—A las obras ya citadas, añádanse: *Freeman*, Historia de Europa por su Geografía; *Allen*, Historia de Dinamarca; *Mickievitz*, los Eslavos; *Sayous*, Historia de Hungría y *Hungría* en la colección de Historias de las Naciones; *Rimbaud*, Historia de Rusia; Imperio bizantino en la colección *Oncken*; *Denis*, Huss y los hussitas.

EDAD MODERNA.

Divisiones: 1ª El Renacimiento y la Reforma.—2ª Absolutismo y Parlamentarismo.
—3ª El siglo XVIII.—4ª La Revolución.

EL RENACIMIENTO Y LA REFORMA.

Subdivisiones: *El Renacimiento ó la Revolución intelectual.*—*Europa y la Resurrección del Imperio.*—*La Reforma ó la Revolución religiosa.*
—*La Contra-revolución.*—*Felipe II y las Guerras de Religión.*

EL RENACIMIENTO O LA REVOLUCION INTELECTUAL.

(DE MEDIADOS DEL SIGLO XV AL PRIMER TERCIO DEL XVI.)

1. Papel de Italia en la promoción del Renacimiento. Contacto directo con la cultura helénica. Re- surrección de la antigüedad: el humanismo; el arte.—2. Propagación del Renacimiento; la im- prenta.—3. La ciencia, el descubrimiento del mundo y la revolución económica.—4. Europa du- rante el Renacimiento.

1. *Papel de Italia en la promoción del Renacimiento.*—Hemos dejado á Italia en una gran crisis: abandonada á sí misma, por el desvanecimiento del imperio y del papado, va dejando caer sus libertades locales en manos de tiranos de mayor ó menor importancia. En la segunda mitad del siglo XV, todas las entidades importantes de la Italia medioeval gravitan hacia muy pocos centros. A los Viscontis de Milán han sucedido los descendientes de un labra- dor, los Sforzas, cuyo jefe, uno de los primeros condotieros de la época, deja una dinastía de tiranos, crueles como los Viscontis, inteligentes y amantes de la cultura como pocos. En Florencia, el espléndido Cosme de Médici se man- tiene en el Gobierno de hecho de la República. Los españoles han conquis- tado, por fin, el reino de Nápoles, en donde reina el ilustrado Alfonso el Mag- nánimo. En Roma, la cultura nueva está personificada en Nicolás V y en Pío II (Eneas Silvio Piccolomini), el hombre más erudito de su tiempo, el antiguo Secretario del democrático é irreverente concilio de Basilea. Venecia,

con la tremenda perspectiva de los otomanos á las puertas de Italia, da un paso más en la terrible severidad de su oligarquía, y sobre el consejo de *los diez* coloca á tres inquisidores, que se expían mutuamente y que hacen atravesar al anciano dux Foscari el terrible drama paternal que han popularizado la literatura y la música. Génova, desgarrada por las luchas de sus familias ricas, cae alternativamente en las garras de tres aves de presa: los aragoneses de Nápoles, los franceses y los tiranos de Milán.

En esta situación, que, lejos de menoscabar la riqueza material de Italia, como que la impulsaba y ensanchaba, llega al dominio intelectual de la península una clase de hombres, salidos de un largo careo con las letras antiguas, que habían infundido en ellos pasmo primero, luego ardiente amor y después su espíritu mismo. — Italia estaba preparada ampliamente á esta renovación del alma; del siglo XIII al XIV había pasado de la literatura latina, vivaz siempre en la península, á la literatura romance; pero este tránsito se había verificado en la obra divina del Dante, un devoto de la antigüedad romana, un hijo sibilino y trágico de Virgilio. Su conocimiento portentoso del hombre interior, de sus pasiones y su alma, su intuición precisa de la grandeza y la hermosura de la naturaleza, dan á su poema, no por su tema ni por su plan, que son escolásticos, sino por su espíritu, el carácter de creación inicial de la Edad Moderna; luego Petrarca, otro adorador de la belleza antigua, eterna, incorruptible por marmórea y serena, infundió en su tiempo la ansiosa curiosidad y la espera de esta revelación. La Iglesia protegió sin recelo y con amor la nueva tendencia, y cuando, por una coincidencia, explicable por la curiosidad misma, los clásicos latinos, casi desconocidos, á pesar de todo, empezaron á aparecer entre el polvo de las vetustas bibliotecas de los monasterios, la tendencia se convirtió en pasión. — Burckhardt, que ha hecho en nuestro tiempo la más penetrante psicología de aquella época capital en la historia, hace notar cómo *el individualismo*, no en el sentido de derecho individual, es decir, exterior puramente, que el germanismo había incubado en el fondo de su particularismo local, gremial ó doméstico; sino el individualismo en el sentido de la producción de un mayor número de energías individuales, obrando en el seno de una sociedad, caracteriza á la Italia del siglo XV, y cómo *los tiranos*, lejos de apagar estas individualidades, las promueven, las protegen, las multiplican. Pues este individualismo era lo más favorable á la asimilación de la antigüedad, que por su medio se operó en Italia, porque *antigüedad* equivalía á predominio del examen y de la razón sobre la tutela no analizada de la autoridad eclesiástica.

El concilio de Florencia (1439) y el fin del imperio de Oriente, habían

traído á Italia profesores de griego, libros griegos y apóstoles del *helenismo* Petrarca, que moría llorando sobre un texto de Homero que no podía traducir, expresa bien el anhelo intenso con que este momento había sido deseado. En ese momento el hilo de la civilización antigua quedó atado á la cultura nueva; el hombre iba á partir en su nuevo camino del Pórtico del Museo de Alejandría; la gran luz del helenismo, de la razón alada y libre, bañaba de nuevo el Mediterráneo italiano. Poetas, historiadores, filósofos resurgieron, y la sociedad italiana, ya admirablemente preparada para ello (como no lo estaba la sociedad bizantina que leía sin practicarlos á aquellos mismos autores), rehace su educación y transforma por ella al mundo medioeval. « En un tiempo, escribía un sabio italiano á otro griego, en que las almas eran presa de la ambición, de la avaricia, de la voluptuosidad, vinisteis vosotros, mensajeros de la divinidad, trayendo la antorcha de la ciencia para disipar las tinieblas que nos rodean. » Italia entera, y pronto Europa, se prosternaban ante el Sol naciente.

El *humanismo* es la enseñanza de las letras antiguas; ésta no había cesado en Italia, pero era esencialmente latina. El descubrimiento de nuevas obras latinas la reforzó sin cesar, al grado de que, aun después de Dante y Petrarca, llegó á verse con desdén la lengua vernácula, ¡peligro terrible para las letras italianas este de hablar un idioma incomprendido por el pueblo! A este espíritu de imitación se debió la debilidad relativa de las letras en el *Renacimiento*: ¿quién de los poetas cuatrocentistas¹ y del siglo XVI, siquiera se llamen Poliziano, Ariosto, Sannazaro ó Tasso, puede compararse á los dos antepasados sublimes, hijos, sin embargo, de la cultura antigua por la forma, que hemos citado antes? Lo que salvó á Italia de una catástrofe literaria de este género fué el advenimiento del helenismo. El concilio de Florencia, en que grandes sabios de la Iglesia griega entraron en contacto con los latinos, en que se formaron dos partidos, uno por Platón y otro por Aristóteles, y después la emigración de helenistas á consecuencia de la toma de Constantinopla, dieron su carácter definitivo al Renacimiento; no pudiendo, para no aislarse irremediablemente, hablar griego, la literatura siguió hablando italiano. Pero el platonismo adoptado en Florencia solemnemente dió á la gran revolución una filosofía y rompió por ella sus ligas con la escolástica, que era hija de Aristóteles, bastardeado por sus intérpretes. Más aún: tendió á descristianizar la revolución; la admiración de *la forma*, la devoción por el idealismo trascendente

¹ Este nombre se daba á los escritores y artistas italianos del siglo XV, el siglo de los *cuatros*.

de Platón, produjeron una pasión sin límites hacia la antigüedad pagana, y unos se tornaron paganos y predicaron el paganismo, otros tentaron la amalgama entre ambas religiones. Hubo necesidad de una serie de infortunios nacionales inmensos, de un ensayo de república ascética y evangélica en Florencia, intentado por el profeta mártir Savonarola, y por último, de la reacción contra el Renacimiento que se llamó *la Reforma*, para hacer comprender que una tentativa de resurrección pagana era imposible.

Dice Janssen, en su admirable obra sobre la Reforma, que el corazón y la inteligencia, el trabajo y la perseverancia de un pueblo se expresan de un modo más claro por las obras de arte que por las literarias. Esto es exagerado; la literatura estará más en contacto siempre con el alma general de una nación; el arte puede expresar una gran tendencia difusa, pero siempre será el resultado de una selección y la obra de una aristocracia. Sí; el arte semipagano y semicristiano del Renacimiento, algo respondía á la adoración de la forma regular y serena (no mística y anhelante del estilo gótico) que es característica del pueblo de Italia, pero nada más; el arte del Renacimiento, hijo del arte antiguo, fué la muestra de la devoción de un grupo selecto por los modelos y procedimientos de la antigüedad.

Dos períodos pueden señalarse en el transcurso del Renacimiento: el del siglo XV y el del XVI; en el primero los Mecenas principales son los *Medicis*, y el foco por excelencia es Florencia; cada ciudad tenía su tirano y cada tirano era un Mecenas, un protector del movimiento, que dejaba, como el rey de Nápoles, atacar libremente al cristianismo en nombre del helenismo, y que aplaudía toda manifestación culta en favor de aquel pasado que el orgullo italiano creía nacional. Todos pusieron la gran riqueza de las ciudades de entonces á disposición de los artistas, de los profesores, de los buscadores de libros y monumentos antiguos. Pero sobre todos ellos descuellan los jefes de la *banca* florentina de Medici que tenía sucursales, lo mismo en Londres y Brujas, que en Jerusalem y el Cairo, y que gastaba, antes de las prodigalidades espléndidas de Lorenzo el Magnífico, seis millones de pesos en libros y obras de arte. El siglo XV vió ascender al pontificado á un adorador del Renacimiento, á un antiguo agente de los Medicis, á Nicolás V. — En ese siglo brillaron muchos literatos y poetas de segundo orden, y el tono general de las letras es monótono y rígido, en comparación de la intensidad de vida y la robustez de las del siglo siguiente, cuyos representantes nacieron en el último tercio del XV. Los artistas más conspicuos fueron: en la arquitectura Brunellesco y los Alberti, autores de bellos edificios, inspirados en el estudio de las ruinas antiguas, sobre todo de las romanas, y felizmente apropiados al clima y las costumbres

italianas. Elegantes y sabios como pocos, los arquitectos de entonces resolvieron, sobre todo en la construcción de las cúpulas, algunos de los más arduos problemas arquitectónicos. Las obras maestras de estos constructores existen, principalmente, en Florencia. — Los escultores son igualmente *resucitadores* más que *creadores*; copian admirablemente la antigüedad, no la igualan, menos la superan; de Donatello á Verrocchio, el número de los escultores es largo; pero estos dos, llenos de vida, de pasión, de verdad, son insignes artistas; á esta época pertenece la segunda puerta del Bautisterio de Florencia, debida al escultor platero Ghiberti, y que Miguel Angel llamaba la Puerta del Paraíso. — En la pintura puede seguirse la tradición italiana desde los primeros ensayos de emancipación del hieratismo bizantino con Cimabue y los ensayos originales y personalísimos de Giotto, hasta los grandes precursores del siglo XV; unos que estudiaron con toda su alma la naturaleza, otros que la idealizaron sin bastardearla; á los primeros pertenecía la legión cuyos jefes son Masaccio y Mantegna; los otros son los que brillaron alrededor del místico y puro Fra Angélico, de Filippo Lipi, de Bartolomeo. En la pintura el Renacimiento no tuvo maestros; la antigüedad le dió el espíritu, pero no el modelo. — En el período que Muntz ha llamado la *edad de oro* del Renacimiento, Italia toca al apogeo de su poder creador; en las letras no sobrepuja, sin embargo, á los dos grandes precursores y creadores al mismo tiempo, poetas de aurora y de zenit á la vez, Dante y Petrarca; pero en la inmensa legión que revela el estado de hervor y de vida del alma italiana, descuellan al principio Ariosto, autor del gigantesco poema heroico-cómico de *Orlando Furioso* y, al fin, Torcuato Tasso, que llevó tan dramática existencia (más por el drama que se desarrollaba en su alma de neurópata, que por las circunstancias que rodearon su vida y que han sido adulteradas por la leyenda) y que compuso en rotundas y sonoras estrofas ese admirable poema de decadencia que se llama la *Jerusalem libertada* y su poema pastoril *Aminta*, tan conocido en el mundo de habla española por la perfecta versión de Jáuregui. — Pero la madurez literaria del genio italiano se revela, sobre todo en Machiavelli y en menor grado en Guicciardini; ambos historiadores, diplomáticos y políticos, ambos sirviendo á su pesar á la tiranía, cuando no podían servir á la república; ambos aborrecedores más ó menos francos del pontificado, ambos destituidos en el fondo de nociones morales. Machiavelli, el filósofo de la tiranía, en su libro el *Príncipe*, y Guicciardini, pertenecen, á pesar de todo, á la familia de los grandes italianos; su ideal es la unificación de Italia; por eso mientras que para Florencia desean un gobierno libre, Machiavelli pretende crear ó suscitar un tirano típico y sin conciencia que adquiriese bastante fuerza para ligar á la

Italia entera y fundar la Patria. — Los dos *Mecenas* del siglo XVI fueron Julio II, el papa soldado, el hombre irascible, el terrible político que no se paraba en medios para arrojar de Italia á los extranjeros, á los *bárbaros*, como decía, y León X, un Medici, fino y delicado adorador del arte, ostentoso y vano y poco previsor, aunque de vida correcta y pura, á pesar de cuanto se ha dicho. — En este período de oro, representan en primer término á la revolución: 1º, un hombre universal, que en la mecánica, en la física, en la historia natural vislumbró los grandes descubrimientos de la futura ciencia; este hombre es una personificación sintética del Renacimiento, Leonardo da Vinci, el pintor armonioso, el que mejor ha revelado por la expresión el pensamiento; 2º, Miguel Angel, el gran artista, el repúblico austero por cuyas obras pasan las almas trágicas del Dante y Savonarola, el único escultor del Renacimiento que iguala al más grande de los griegos (el David, la Noche, el Moisés), el que concibió la cúpula de San Pedro y reprodujo su naturaleza enérgica y violenta en las formas excesivamente vigorosas de sus estatuas y sus cuadros; 3º, Rafael, el idealista supremo, en el sentido de la fusión absoluta de lo ideal y lo natural, para crear lo bello.

2. *La Imprenta; propagación del Renacimiento intelectual.* — No hay coincidencia más transcendental en la historia humana, que la del Renacimiento y la invención de la Imprenta; la emancipación del espíritu humano no habría irradiado tan fácilmente desde Italia sobre la civilización entera, si las vibraciones luminosas no hubiesen hallado el medio transmisor por excelencia en la sencilla modificación introducida por Gutenberg en el arte de reproducir los manuscritos. — Era ya antigua la preocupación de encontrar el modo de producir libros baratos; las necesidades creadas por las Universidades que se multiplicaban desde el siglo XIII, habían hecho urgentísima la producción en esas condiciones. Sin embargo, el costo y la relativa rareza de los pergaminos eran un obstáculo casi insuperable para ello: una biblioteca de 1,200 volúmenes, como la del rey de Francia Carlos V, era un lujo inusitado. — La introducción, por los árabes, del papel de hilacha, facilitó mucho la solución del problema é hizo posible la reproducción de manuscritos ó de grabados en planchas ó por caracteres aislados en madera (tal fué la *xylografi*a ideada por Coster). La invención de Hans Gaensfleisch (Gutenberg) consistió, si la tradición es cierta, en construir caracteres aislados, de plomo, y en algunos otros detalles que facilitaban la composición de las formas y la impresión. Dos asociados de Gutenberg, que luego se separaron de él, Furst y Schoeffer, imprimieron el primer libro, y Gutenberg poco después el primero suyo: estos libros que pertenecen á los primitivos tiempos de la invención, á su cuna, se

llaman *incunábulas*. De 1456 á 1462 pasaba esto; la invención fué lenta en sus resultados; los copistas la odiaban, los hombres de letras la despreciaban. Pero pronto se multiplicaron los talleres en Alemania, en Italia, en Europa toda; las ediciones fueron perfectas (apenas igualadas aun hoy); las empresas editoriales surgieron en Holanda, en Venecia, en Francia; á fin del siglo se habían hecho ya como diez y seis mil ediciones. La *divina invención*, como desde entonces se la llamó, se puso desde luego al servicio de la Iglesia que la protegió; los primeros libros fueron la Biblia y las obras piadosas; después *los clásicos*; por ahí la imprenta fué el vehículo principal de la propagación del Renacimiento.

Este, bajo su aspecto literario, tuvo en Alemania por focos de difusión las universidades, casi todas recientes, y en donde la asimilación intelectual era intensa; en Inglaterra se manifestó también, por una reforma en la educación, dándole el humanismo por base; la Universidad de Cambridge fué favorable al movimiento y hostil la de Oxford. Tomás More fué el más noble y eximio representante del humanismo inglés en su primer período; su obra más notable, *la Utopía*, se ocupa en fingir un reino en que, gracias á los solos esfuerzos del hombre, imperan la libertad, la igualdad y la fraternidad. — En Francia el Renacimiento literario, en que influyeron tanto las expediciones francesas en Italia, produjo frutos más tardíos; Rabelais, Calvino y Montaigne, los fundadores de la prosa y los reveladores de la índole propia del espíritu francés, y Marot y Ronsard, amanerados, pero llenos de gracia á veces y fecundísimos, son hijos legítimos de esta gran renovación que debía trascender á todo el siglo XVI y más allá. — Lo mismo en España; del primer renacimiento es hija la poesía de Juan de Mena (autor del famoso *laberinto*) de Santillana, de Jorge Manrique, el más terso y profundo de todos. Esta poesía, aunque influida por el Dante y Petrarca, apenas comienza á no ser rudimentaria; los clásicos latinos no suscitan poetas todavía, sino pedantes; luego vendrá la gran época literaria de España, hija de la Edad de oro del Renacimiento. — La figura dominante del Renacimiento, fuera de Italia, el amigo y el oráculo de los sabios, de los literatos, de las universidades de su tiempo, fué el erudito holandés Erasmo; habló de todo, lo supo todo; intentó promover la reforma en la Iglesia, en las letras, en la filosofía; pero su intención no iba tan lejos como su ironía y su talento universal; por eso no hizo más que conmover el edificio eclesiástico y teológico de su época. El, decían sus contemporáneos, puso los huevos que Lutero empolló; la verdad es que no creía este hombre admirable que de sus ideas pudiera nacer *una revolución* que une el Renacimiento y la Reforma, y que á un tiempo fué admirado de León X y de Lutero.

El arte no produjo obras maestras entonces; fuera de Italia, sus resultados fueron más lentos, y su carácter se explica por *la revolución religiosa* tanto como por la intelectual; pero las preparó todas. En Alemania suscitó el genio de Alberto Dürer, notabilísimo como pintor, más quizás como grabador (sus grabados eran copiados por el príncipe de los grabadores italianos, Marcantonio) y sobre todo, porque es el tipo superior del alemán de su época. Junto á él figura Holbein y, en Flandes, la gran escuela realista, cuya primera generación es ilustrada por los Van Eicks, los Metzys y los Memlings. Ambas escuelas, la alemana y la flamenca, se informaron sobre la índole propia de las razas en que nacieron; sólo después se modificaron por el influjo de los italianos.—En suma, entre los siglos XV y XVI, el hombre civilizado había encontrado modos de pensar y de sentir totalmente distintos de los que la Edad Media le había enseñado; y como el movimiento fué tan rápido, merece el nombre de *revolución*; es decir, de *evolución sistemáticamente acelerada*.

3. *La Ciencia; los descubrimientos mundiales; la transformación económica que produjeron*.—Tres nombres, entre muchos heroicos, dominan el período principal del descubrimiento del mundo, que tanto iba á influir en la transformación de las ideas y en la renovación social de la Edad Media: Colón, Gama y Magallanes. Sigámoslos rápidamente en la realización de su empeño y señalemos las consecuencias principales de su obra. Cristóforo Colombo, el más grande de todos, no por el resultado prodigioso de su empresa, porque ese resultado ni lo buscó, ni lo esperó, ni lo conoció, sino porque era la más atrevida y porque su atrevimiento tenía por base la fe científica, era un joven marino de Génova (nacido entre 1446 y 51) que había navegado en el Mediterráneo y en el Atlántico, por el lado de Africa hasta Guinea, y por el europeo hasta las islas Feroe, donde pudo adquirir algunas noticias sobre las expediciones escandinavas á América en el siglo X. Nauta excelente, cartógrafo consumado, Colón era un hombre utilísimo en aquella época de grandes tentativas marítimas, en que, cerrado el camino del país de la especiería en el Mediterráneo por los turcos, se buscaba con ahínco un camino atlántico directo; y como Portugal era el centro de estas tentativas, Colón se estableció ahí, formó una familia, y convencido de antemano de la redondez de la Tierra, comenzó á dar forma á su proyecto que consistía en ir *al Levante por el Poniente*, frase que condensó todo el designio del genovés.—No era este un sabio, y sus errores fueron considerables, aunque los peritos en *matemática doctrina*, que, según Las Casas, le contradijeron en Salamanca, eran bastante menos sabios que él; su error capital fué, sin embargo, salvador para su proyecto. Colón, que buscaba el Asia y no sospechaba la existencia de un continente que le cerrara el paso, calculaba que una distancia menor de mil leguas separaba las costas de Portugal de las de China. Ya, dados los medios de navegación de entonces, esta distancia hacía la empresa rayana en lo imposible; si se hubiese conocido el verdadero tamaño de la ruta, nadie habría propuesto, durante un siglo, expedición semejante; habría sido preciso esperar los progresos en el arte de navegar, fruto de las expediciones portuguesas, y este retardo habría transformado la historia general.—Después de patéticas lu-

chas, Colón obtuvo la ayuda de la reina de Castilla, Doña Isabel; emprendió su viaje y tocó en una de las islas del archipiélago de las Lucayas (probablemente alguna de las que hoy llevan los nombres de Acklin, Samana y Mayaguana) *el 12 de Octubre de 1492*. La emoción inmensa que causó en Europa la noticia del *descubrimiento*, dió nuevo impulso al espíritu aventurero y á la codicia reinante, y trazó un surco por donde las energías del pueblo español, almacenadas en el carácter de la raza, en la aventura de ocho siglos que se llamó *la reconquista*, se abrieron amplio cauce y corrieron con ímpetu avasallador.—Las principales islas de las Antillas magnas y una parte del Continente sudamericano y de la América ístmica fueron descubiertas en los cuatro grandes viajes de Colón, del Almirante, como se le llamaba universalmente, emprendidos en 1492, 93, 98 y 1502. Murió pobre y abandonado en 1506.—La fe de Colón, ya lo dijimos, era científica, era hija del Renacimiento; pero su valor y su esperanza fueron de un cristiano, de un místico; pretendía haber encontrado *el Paraíso* y deseaba consagrar su fortuna á la reconquista del Santo Sepulcro; es uno de los hijos más grandes de aquella gran época. Ni la mala suerte faltó á su gloria, ni la ingratitud, ni el trágico episodio de las cadenas y los grillos puestos á sus pies en América misma, todo ha ceñido su memoria con la auréola sublime del dolor y del genio; por eso *es un santo de la humanidad*.—Para colmo de desventuras ni su obra lleva su nombre, sino la de uno de tantos navegantes, Américo Vespuccio, que fué el primero que dió á la imprenta la narración de sus viajes y fué la primera generalmente conocida por lo tanto: por lo que en los primeros tratados de geografía y en los primeros mapamundi que se imprimieron después del Descubrimiento, sus autores designaron el continente descubierto con el nombre de América, sin que Vespuccio tuviese culpa en ello.

Largo tiempo hacía que los portugueses tenían el empeño de explorar el litoral africano; los pocos recursos náuticos de la marina de entonces y la creencia de que la zona tórrida era innavegable porque era la región del calor y la muerte, hicieron lentos los progresos de la obra que, comenzada en 1418, terminó su primera gran etapa en 1846 con el descubrimiento del cabo meridional de Africa, que, por ser el punto de partida de la ruta oceánica de las Indias, llamó un rey de Portugal el Cabo de Buena Esperanza.—El descubrimiento de Colón fué un estímulo supremo; una expedición que debía doblar el temido cabo y buscar las costas índicas, se organizó y partió de Lisboa en Julio de 1497 al mando del impertérito marino Vasco de Gama, quien después de larguísimo y dramático viaje, llegó á la costa de Malabar en Mayo de 1498. Los portugueses, sobre todo después de la entonces prodigiosa expedición de Alvarez Cabral (de Portugal al Brasil y de aquí á Calcuta), dominaron, por sus factorías en el Pérsico, Indostán, China y las islas de Australasia, todo el comercio índico; comenzó entonces la tremenda lucha entre los egipcios y venecianos, irremisiblemente desposeídos, y los portugueses, lucha en que se apuró la perfidia y la violencia, y que tomó tales caracteres, que un gran portugués, el célebre Alburquerque, proyectó, por medio de diques, arrojar el Nilo sobre el Mar Rojo y suprimir de un golpe á Egipto del haz de la tierra.—Otro portugués, al servicio de España, Magallanes, completó el descubrimiento de Colón, demostrando (por medio de un viaje de circunvalación del mundo, absolutamente pasmoso, si se piensa en los medios de que disponía, que eran tan pequeños como grandes, como inmensos los corazones de los emprendedores) demostrando, decimos, el carácter con-